

abusando de las gracias de Dios y pretendiendo tender algún lazo á nuestro prójimo! Burlados habían quedado los desgraciados fariseos con la respuesta de Jesús; mas este Divino Maestro quiso confundirlos de una vez, y obligarles á desistir para siempre de ponerle nuevas asechanzas. Pregúntales de quién es hijo el Mesías, y contestando ellos que de David, Él les prueba, apoyándose en la divina Escritura, que es superior á este Rey. Por lo cual, avergonzados, se retiran. ¿Abusamos nosotros, como los fariseos, de nuestros conocimientos? ¿Tenemos un conocimiento recto de Jesús? ¿De qué modo lo hemos de adquirir? Reflexionémoslo con cuidado, formemos propósitos al efecto, y roguemos al Señor que nos lo dé y que se compadezca de todo el mundo.

DOMINICA XVIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Habiendo presentado á Jesús un paralítico, exhortóle á la confianza, perdonóle los pecados, y le sanó, con grande aplauso de las turbas.—(Matth., ix, 1-8.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús obrando este milagro.

PRELUDIO 3.º Pidamos á Jesús que nos sane de la parálisis espiritual y pereza en el ejercicio de la virtud.

Punto 1.º Presentaron á Jesús un paralítico tendido en una camilla. Considera cómo este paralítico representa al género humano enfermo por el pecado é imposibilitado de subir al cielo, y sólo Jesús puede sanarle, y para esto bajó del cielo, y se hizo médico de la humanidad, deseando curar á todos los hombres de la parálisis de la culpa, que les impide el ejercicio de las buenas obras. ¿Qué sería del mundo si este divino Señor no se hubiese dignado mirarle con ojos misericordiosos y sanarle de la parálisis espiritual en que yacía? Antes de curar al enfermo, quiso Jesús limpiarle de sus pecados, diciéndole: «Confía, hijo; perdonados te son tus pecados». Esto hizo para que entendiésemos que es infinitamente más peligrosa y dañosa la enfermedad del alma que la del cuerpo, y que se debe poner más empeño y cuidado en curar de aquélla que de ésta; quiso también significarnos que las enfermedades corporales son no pocas veces castigo de los pecados, y que, para recobrar la salud, es indispensable destruir con la penitencia la causa de haberla perdido, que es la culpa. ¡Oh si los cristianos hicieran reflexión sobre esto, no tendrían tanta repugnancia á los Sacramentos cuando les asalta alguna enfermedad! Mira también cómo el Señor exige al enfermo que tenga firme confianza; y para despertar en él este necesario afecto, le da el nombre de hijo, y le dice: «Confía, hijo». Nada más indispensable que la confianza para obtener las gracias del Señor. Es la confianza un tributo que pagamos á la generosidad, poder y misericordia de Dios, que con ella confesamos. ¡Oh Dios de bondad! ¿Cómo no confiaré en Vos, si sois mi Padre y os dig-

náis honrarme con el título de hijo? Aunque me matéis, yo esperaré en Vos, y tengo la seguridad que no me veré confundido eternamente. Miradme, Padre mío; víctima soy de espantosa parálisis espiritual, y sólo Vos podéis sanarme; miradme y compadeceos de mí.

Punto 2.º Considera cómo murmurando los escribas de que Jesucristo perdonase los pecados, dijo: *Para que sepáis que tengo facultad de perdonar los pecados*, dirigiéndose al enfermo añadió: *Levántate, toma tu lecho y vete á tu casa*. No hay prueba tan convincente y sólida como las obras. Si queremos que los hombres hagan caso de nuestras palabras y crean lo que les decimos, es indispensable que con nuestras obras confirmemos nuestra doctrina; el buen ejemplo es la razón más convincente de lo que se predica. Contempla la presteza y alegría con que se levantaría el paralítico, luego que sintió que á la voz de Jesús revivían y se fortalecían todos sus miembros; cómo tomaría sobre sus hombros el pesado lecho, y corriendo se iría á su casa. ¡Cuán fácil es la obediencia en las cosas que son conformes á los deseos de la carne! No sucede lo propio cuando se nos manda lo que es contrario á nuestros apetitos é inclinaciones, aunque sea el mismo Jesús el que lo manda. Pero aprende tú del paralítico curado á llevar tú al cuerpo, rigiendo y gobernando sus apetitos, y no dejarte jamás llevar ó arrastrar de él. Vete á tu casa y no á casa ajena, atendiendo á tu salvación y santificación antes que á los demás, visitando frecuentemente con tu imaginación la casa y mansión eterna que ahora estás trabajando con tus obras. Estas visitas asiduas te ayudarán á temer á Dios, á confiar en su misericordia y á glorificarle y alabarle como las turbas. ¡Oh Redentor dulcísimo! Mandadme con eficacia que tome el lecho de mi pesado cuerpo y que me vaya á mi casa, como el paralítico; porque si Vos lo mandáis de este modo, yo obedeceré. ¿Quién puede resistir á vuestra ordenación? Si las enfermedades más rebeldes se someten á vuestro imperio, también mi alma, aunque rebelde y perezosa, se someterá si Vos lo mandáis eficazmente. ¿Qué caso hacemos de los preceptos de Jesús? ¿Procuramos confirmar nuestras enseñanzas con buenas obras?

Epílogo y coloquios. ¡Cuánto resalta en este suceso la misericordia de Jesús! Preséntanle un paralítico, y compadecido del estado triste en que se halla, le dice: *Confía, hijo; perdonados te son tus pecados*. Estas palabras excitan la ira de los escribas, que le están acechando, y viendo el Señor sus pensamientos, para darles el argumento más contundente de la verdad de sus palabras, dice al enfermo: *Levántate, toma tu lecho, y vete*. El paralítico representa al género humano, herido de parálisis espiritual después del pecado del primer padre, y figura también á cualquier hombre que por el pecado se ha hecho incapaz de hacer obras meritorias de vida eterna. Jesús le mira compasivo,

y le perdona la culpa, exigiéndole únicamente la más sólida confianza en su paternal bondad. Y no sólo le perdona, sino que le comunica fuerzas para que, levantándose sobre sí, domine sus pasiones, gobierne sus inclinaciones y se haga superior á su cuerpo, sujetándole al espíritu. ¿Cómo no confiaremos, pues, en Jesús? ¿Qué cosa hay que no podamos esperar de su misericordia y poder? ¿Por qué olvidamos tan fácilmente estas pruebas que continuamente nos da? Hagamos propósitos de tener en Él más viva confianza, de obedecerle en todas las cosas; y para cumplirlos, pidámosle eficaces auxilios y roguémosle con fervientes coloquios.

DOMINICA XIX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Un rey celebró las bodas de su hijo, llamando á muchos á que asistiesen, los cuales rehusaron; después llamó á todos los hombres, hasta que se llenó el convite: habiendo él entrado y visto á uno sin vestido de bodas, le reprendió y castigó.—(Matth., xxii, 1-14.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pidamos fidelidad al divino llamamiento.

Punto 1.º Considera cómo, queriendo declarar el Señor á los judíos la reprobación de que se habían hecho dignos, les propuso esta parábola, la cual debiera hacer temblar, no sólo á los judíos, sino á todos aquellos que, llamados por Dios á la fe ó al estado religioso, rehusan seguir el divino llamamiento. Un rey celebró las bodas de su hijo, y llamó á los invitados para que asistiesen á ellas; mas éstos, lejos de agradecer la invitación real, la menospreciaron, y aun se atrevieron á injuriar y matar á los criados que en nombre del rey los invitaban. Estas bodas significan, según san Gregorio, la unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana; la de Jesucristo con su Iglesia, y también la del mismo Señor con el alma á quien justifica y une consigo por medio de la fe y caridad. Y á todas estas uniones son invitados los hombres por sola la bondad y misericordia del Señor, el cual á todos ha abierto las puertas del cielo. ¡Oh generosidad infinita de Jesús! ¿Qué necesidad teníais, Señor, de los hombres para vuestro convite? Mas, ¡oh monstruosa ingratitud de éstos! No sólo desprecian la divina invitación, sino que se levantan contra aquellos que en nombre de Dios los convidan, y los injurian, persiguen y matan. ¿Hemos tenido nosotros tal ingratitud? ¿No hemos sofocado innumerables veces dentro de nuestro corazón la voz de la conciencia, que nos avisaba de la obligación de huir del pecado, seguir la virtud y unirnos con Cristo? Considera cómo el rey, conocida la maldad de los invitados, mandó á sus ejércitos que acabasen con ellos. Teme la indignación de Dios si te haces sordo á su llamamiento. Él se burlará de ti en tu infortu-

nio, porque tú le menospreciaste cuando te llamaba. ¡Oh gran Dios! Bien se conoce que cifráis vuestras delicias en estar con los hijos de los hombres, pues que á todos convidáis á las bodas de vuestro santísimo Hijo, para que después de esta vida las celebren gozosos en el cielo. Aquí me tenéis, Señor; no quiero despreciar más tiempo vuestro convite, auxiliado con vuestra gracia. ¿Hemos oído nosotros el llamamiento del Señor? ¿Hemos imitado á los ingratos de la parábola?

Punto 2.º Considera cómo, deseando aquel gran rey que la sala del convite se llenase, viendo la ingratitud de los primeros, mandó á otros criados que saliesen por las calles y plazas, y obligasen á entrar á todos los que encontrasen al paso, hasta que se llenó la sala. Entró el rey á visitarlos, y observando que uno de los presentes no estaba con el vestido de bodas, le dijo: «Amigo, ¿cómo entraste sin el vestido nupcial?» Él enmudeció; pero el rey mandó á sus siervos que, atándole de pies y manos, le arrojasen á las tinieblas exteriores, donde habrá perpetuo llanto y crujir de dientes. Pondera cómo esta parte de la parábola mira particularmente á los católicos que tienen ya la dicha de pertenecer á la verdadera Iglesia de Jesucristo y tomar parte en el regalado convite que en ella se hace. ¡Qué variedad, riqueza y abundancia de manjares se distribuyen á las almas en este convite! Sacramentos divinos, consejos celestiales, ejemplos soberanos, virtudes admirables, dones del Espíritu Santo: todo lo da el Señor á los que han sido dóciles á su invitación. ¡Qué dicha y felicidad para aquellos que asisten á tal convite con la vestidura nupcial! ¡Cómo crecen en méritos y virtudes, y cómo se regalan con la presencia del Rey, que se les muestra con rostro amoroso y tierno! Mas, ¡ay de aquellos que, por haber manchado su vestido nupcial con pecados graves, son arrojados del convite y precipitados á las tinieblas exteriores, en donde el fuego siempre arde, y el gusano de la conciencia siempre roe, y la ira de un Dios vengador nunca se aplaca ni se aplacará por toda la eternidad! ¿De qué nos servirá el haber sido llamados á la fe y aun á la religión, y haber seguido el llamamiento, si, por no resistir á las tentaciones, perdemos la indignación de Dios? ¡Oh justísimo Rey! ¡Confuso estoy al pensar que he osado presentarme á vuestro convite sin el vestido nupcial de vuestra gracia! ¿Cómo no me arrojaisteis ya en las tinieblas eternas del infierno? Bendita sea vuestra caridad, que me esperó á penitencia, deteniendo la justicia, para usar conmigo de misericordia. ¿Cómo nos hallamos actualmente? Si nos sorprendiera en el estado en que se encuentra nuestra alma la visita del Señor, ¿temeríamos su rigurosa justicia?

Epílogo y coloquios. ¡Cómo resalta la inefable generosidad de Dios en esta parábola! Mas ¡qué contraste hace con ella

la espantosa ingratitud de los hombres! Al convite divino de su amistad y gracia que se celebra en este mundo, todos los hombres son invitados. Una y otra vez envía el Señor á sus criados, que son los ángeles, predicadores y demás ministros de su bondad, para que exhorten, supliquen y aun fuercen á los mortales á formar parte del convite. ¡Como si Dios tuviera necesidad de sus miserables criaturas! ¡Como si éstas con su presencia pudieran honrar sus divinas bodas! Empero, ¿quién lo creyera? Los hombres que se debieran considerar infinitamente honrados con la invitación de Dios, no sólo la menosprecian, sino que la oyen con enfado y pretenden vengarse del mismo Señor que los convida, y, no pudiendo esto, desahogan su ira contra los siervos que les envía, esto es, sus inspiraciones, los predicadores, confesores y demás ministros suyos. Y algunos desdichados que consienten en el divino llamamiento, penetran en el convite para profanarlo, ó con una repugnante desnudez de virtudes, ó con el vestido asqueroso de pecador, mereciendo con su torpe y atrevido proceder la eterna reprobación. ¿Nos reconocemos nosotros aludidos en este Evangelio? ¿Oímos las inspiraciones de Dios y correspondemos agradecidos á su llamamiento? ¿Qué desea de nosotros su divina Majestad? Pensémoslo.

DOMINICA XX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Pidió un régulo de Cafarnaum á Jesús que sanase á su hijo, y, habiéndolo conseguido, creyó él y toda su casa.—(Joan., iv, 46-53.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á este hombre principal en actitud humilde delante de Jesús, pidiendo la salud de su hijo.

PRELUDIO 3.º Pidamos al Señor que nos sane de las enfermedades espirituales y nos libre de la muerte del alma que nos amenaza.

Punto 1.º Considera cómo habiendo pasado Jesús á la Galilea, un hombre principal de Cafarnaum, al cual el Evangelio llama régulo ó reyecillo, fué á encontrarle para rogarle que sanase á su hijo, que se estaba muriendo. Innumerables veces había estado Jesús en Cafarnaum, y no se lee que este personaje se hubiese dignado visitarle; mas viene la tribulación á visitar su casa, y para librarse de ella, sale de la ciudad, va á Jesús, aunque para ello ha de hacer un largo viaje. ¡Cuán cierto es que los males que en este mundo nos afligen, nos fuerzan frecuentemente á ir á Jesucristo! Pensamos que aquella enfermedad que nos asalta, aquella calumnia que nos levantan, aquella tentación que nos molesta, es una desgracia ó un castigo del cielo, y no es sino un eficaz reclamo con que el Señor quiere atraernos á sí. Bien dijo el mismo Señor por el profeta Oseas: «En la tribulación vendrán á Mí de mañana»; esto es, sacudirán la pereza y se darán prisa para venir á Mí, para que los sane. Pondera cómo los hom-

bres son muy diligentes para librarse de las calamidades que atormentan al cuerpo y de los males que perjudican sus intereses, y, aunque sean poderosos, distinguidos y delicados como el régulo, no vacilan en dejar sus comodidades, para evitarlos y preservarse de ellos. ¡Oh, si tú fueses tan cuidadoso en evitar los males espirituales y en preservarte de los peligros del alma! ¡Oh insensatez humana! Trabájase mucho, súfrese no poco para este cuerpo corruptible, que cuando menos pensemos ha de ser pasto de los gusanos, mal que nos pese; y nada ó casi nada se hace por el alma, que es imagen de Dios, destinada para el cielo, y que ha de ser compañera de los ángeles! ¡Oh dulce Jesús! Pues sois la luz del mundo y vinisteis á visitarnos cuando estábamos sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, esclareced nuestro entendimiento, para que sepamos discernir lo precioso de lo vil, lo espiritual de lo corporal, lo celestial de lo terreno, y hacer de cada cosa el aprecio que merece. ¿Procuramos buscar á Dios en nuestras enfermedades y trabajos? ¿Buscamos con preferencia los bienes espirituales?

Punto 2.º Considera en este punto cómo, habiendo conocido el régulo, por la contestación que le dieron sus criados, que su hijo había sanado en la misma hora que Jesús le dijo que vivía, creyó él y toda su casa. ¡Cuán es la eficacia de los milagros para mover exteriormente á abrazar la fe, previo el auxilio interior de la divina gracia! Lo extraño, lo raro, lo sorprendente y lo reprehensible, es que tú, leyendo continuamente los milagros del Señor, y contemplando todos los días sus portentosas obras, tengas una fe tan débil y flaca, que á la menor contradicción vacilas y casi llegas á perderla. Si Jesús te regala y favorece, accediendo á tus deseos, crees; pero si quiere probar algún tanto tu constancia y fidelidad, difiriendo el escucharte, ya desfalleces. Con razón podría el Señor decirte lo que al régulo: «Si no veis señales y prodigios, no creéis». Pondera cuán eficaz fué el ejemplo de este régulo para mover á toda su casa á creer en Cristo. ¡Qué responsabilidad tendrán los padres y superiores si dejan de dar buen ejemplo á sus hijos y súbditos! ¡Y qué castigo merecerán éstos, si rehusan seguir é imitar los buenos ejemplos de sus mayores! ¡Oh Dios de bondad y misericordia! Vos, para enseñar y santificar á vuestra familia, que es todo el linaje humano, descendisteis del cielo, edificándonos y guiándonos con los más ilustres ejemplos; concedednos que, á fuer de hijos dóciles y sumisos, sigamos vuestras pisadas, y no nos apartemos jamás de vuestros ejemplos, contribuyendo así á vuestra gloria, y haciéndonos dignos de eterno premio. ¿Imitamos la fe del régulo del Evangelio? ¿Procuramos dar buen ejemplo á los inferiores, é imitar los de nuestros mayores?

Epítogo y coloquios. ¡Cuán poderosa es la tribulación para conducirnos á Dios! El régulo que vivía en Cafarnaum,

quizá no se había acordado de Jesús con estar tanto tiempo en la misma ciudad; mas siéntese afligido, ve que la muerte va á arrebatarse la existencia querida de su hijo, y al instante deja el reposo de su casa y corre á Cristo, que le puede socorrer eficazmente en tal necesidad. No le detiene ni la nobleza de su linaje, ni la elevación de su cargo, ni el respeto á lo que dirán los fariseos. ¡Oh! ¡Si nosotros pusiésemos tanto empeño en remediar los males espirituales como ponen los mundanos en remediar los corporales! La perseverancia en la oración de este afligido reyecillo alcanza de Jesús la curación de su hijo, y al cerciorarse de que por la palabra de Cristo ha sanado, cree con firmeza en la omnipotente virtud del Salvador, y su ejemplo mueve á toda la familia, que se declara discípula de Jesús. ¡Oh poder del buen ejemplo, sobre todo cuando viene de las personas puestas en lugar alto! ¡Qué cuenta daremos á Dios si, olvidándonos del estado sublime en que Dios nos ha puesto, nuestra vida es baja, ordinaria, llena de imperfecciones! Pues ¿qué nos conviene hacer y evitar para conformarnos con estas enseñanzas evangélicas? ¿Qué fe es la nuestra? ¿Qué hacemos para remediar las necesidades espirituales del mundo? ¿Cómo oramos? Meditemos con reflexión acerca de estos puntos, propongamos con eficacia, y roguemos con fervor por nosotros y por nuestros prójimos.

DOMINICA XXI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Pidiendo un Rey cuenta á un siervo que debía una gran cantidad, por haberse humillado, se la perdonó; pero no habiendo querido perdonar este siervo á su compañero una cantidad pequeña, fué aquél castigado severamente.—(Matth., xviii, 23-35.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de estar siempre preparados para presentarnos al divino tribunal, y de perdonar á nuestros hermanos.

Punto 1.º Considera cómo siendo Dios nuestro Criador, es también nuestro Rey absoluto y legítimo Señor, y nosotros sus vasallos, esclavos y criados, obligados á darle estrecha cuenta el día que pretenda pedirnosla. ¡Ay del hombre que no está siempre preparado para ella! Cuando menos piense, será llamado al divino tribunal, en donde se examinarán muy detenidamente todas las deudas contraídas, y se dará el fallo definitivo, sin que haya lugar á excusas, ni se admitan súplicas, ni valgan intercesores. Mira cómo comenzando el Rey á tomar cuenta á sus criados, al primero que le fué presentado, halló que debía diez mil talentos; y, no pudiéndolos pagar, dispuso el Rey que fuese vendido él, su mujer y todas sus cosas. Mas, humillándose el siervo delante de Él, obtuvo, no sólo el perdón de la culpa, sino también la condonación de la deuda. Esta cantidad tan enorme te recuerda las inmensas deudas que tienes con Dios por ha-

ber pecado innumerables veces contra cada uno de los mandamientos, por haber abusado de los favores del cielo, y haber causado que otros pecasen. Esta deuda hacía temblar á un santo Job, que decía que de mil cargos que le haría Dios, no podría responder á uno siquiera; á san Pablo, el cual aseguraba que, aunque la conciencia no le reprendía de cosa alguna, no por esto se creía justificado delante de un Dios que descubre las cosas tenebrosas y ocultas. Temiendo estos santos, ¿no temes tú? Si ahora fueses llamado por tu soberano Rey, ¿podrías darle limpias tus cuentas? Piensa que al presente un vivo dolor, acompañado de verdadera y profunda humillación, puede conciliarte la gracia del Rey como al siervo del Evangelio; después de la muerte, todo sería inútil. ¡Oh Rey poderoso y Juez rectísimo! Perdón os pido de las enormes deudas que he contraído ahora antes que llegue el juicio; en él no tiene ya lugar vuestra misericordia; sólo brilla allí la severidad de vuestra justicia. Perdonadme, Señor, los pecados que he cometido, porque lo siento de veras, como lo sentiría, si ya me hallase en vuestro terrible tribunal.

Punto 2.º Considera aquí la ingratitud de este mal siervo, el cual, en saliendo de la presencia de su Rey que le acababa de perdonar la deuda, encontró á un consero suyo que le debía cien denarios, cantidad insignificante comparada con la que á él se había perdonado, y se los exigió; mas no pudiendo el otro pagar, pidióle postrado de rodillas que tuviese paciencia, que ya se lo pagaría todo. Á pesar de esto, el mal siervo arremetió contra él, pretendiendo ahogarle, y exigiéndole con furia la deuda. ¡Qué ingratitud! Así son muchas veces los hombres. Dios infinitamente generoso con ellos, y ellos inmensamente mezquinos y raquíticos con sus hermanos. Dios los perdona con la mayor facilidad deudas enormes, y ellos nada quieren perdonar á los que algo les deben. ¡Ay de los que tal proceder sigan con sus prójimos! Contra ellos se dirige la sentencia que el Salvador da contra el mal siervo. Porque sabiendo el Rey lo que había hecho con su compañero, le llamó, y dijo: «Siervo malo, yo te perdoné toda la deuda, porque me lo pediste, ¿no era justo que tú tuvieras compasión y perdonaras á tu hermano, al modo que yo te había perdonado á ti? ¡Qué reprensión será esta tan dura para el pobre pecador en el día del juicio! ¡Qué haría en aquellos momentos para librarse de las miradas é indignación de Jesucristo! El cual no se contentará con increpar la dureza del pecador, sino que le entregará á los atormentadores infernales, para que le atormenten hasta que pague el último maravedí. Tal será el castigo de los pecadores que, á pesar de todas las palabras, reinciden en las mismas culpas, de los que, siendo de Dios perdonados, rehusan perdonar á sus prójimos. ¡Oh amantísimo Jesús! Tan grande fué el amor que á vuestros enemigos profesasteis, que, no contento con derramar por su bien toda vuestra

sangre, por ellos pedisteis especialmente en la cruz, é intercediendo por ellos, hablasteis la primera palabra estando crucificado; por este vivo amor os suplico me concedáis un corazón generoso y compasivo de mis enemigos, de modo que les perdone con la misma buena voluntad con que Vos me perdonáis á mí. ¿Somos ingratos á los beneficios de Dios? ¿Perdonamos á nuestros ofensores?

Epilogo y coloquios. ¡Qué contraste hace la misericordia infinita de Jesús nuestro Rey con la ingratitud inconcebible del pecador! Hallándose éste alcanzado de deudas, y viendo que le es imposible pagarlas, si se humilla ante el Señor, oirá al instante palabras de perdón; y con todo, este mismo pecador es durísimo, y excesivamente rígido y exigente con sus hermanos, que por descuido ó voluntad le ofenden, aunque sea ligerísima la falta. Este es el retrato fiel de muchos cristianos; tienen por nada cuanto hace Dios en su favor perdonándolos, y creen que es un sacrificio superior á sus fuerzas el perdonar un leve descuido ó falta á su prójimo. Mas, ¡ay de ellos!: en el desgraciado siervo de este Evangelio pueden aprender adónde les conducirá su detestable conducta. Habiendo sido perdonado por su Rey, no quiso él perdonar á su consiervo, y el Rey, indignado, descargó sobre él todo el rigor de su justicia, castigándole aun por las mismas faltas que le había perdonado, por lo mucho que por su causa se aumentaba la culpa de su ingratitud, y asegurando que así obrará con todos aquellos que no quieren perdonar á sus hermanos. Escudriña los rincones de tu corazón, mira si en él conservas alguna antipatía ó falta de caridad con tus prójimos; propón la enmienda, pidiendo para esto las gracias necesarias. Ruega por todo el mundo.

DOMINICA XXII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

PRELUDIO 1.º Presentáronse á Jesús los discípulos de los fariseos con los herodianos preguntándole si se podía pagar el tributo al César; Jesús, exigiéndoles que le mostrasen una moneda, y viendo en ella el busto del César, dijo: «Dad al César lo que es del César».—(Matth., xxii, 15-21.)

PRELUDIO 2.º Representémonos este suceso, como si lo presenciáramos.

PRELUDIO 3.º Pidamos á Jesús que nos libre de la envidia y nos conceda gracia para saber dar á cada uno lo que se le debe.

Punto 1.º Considera cómo los fariseos y herodianos, aunque entre sí eran enemigos, se juntaron y unieron para tender un peligroso lazo al Salvador. Así obran en todo tiempo los enemigos de Cristo y de su Iglesia; separados unos de otros por odios mortales, por envidias diabólicas, sólo saben aunarse, cuando tratan de perseguir la religión y acabar el reinado de Jesucristo. Esto mismo hacen nuestras pasiones y los vicios que

nos combaten, moviéndose, y encendiéndose, y despertándose, y ayudándose mutuamente para destruir la gracia que reina en nuestro corazón. Mas tú trata de vencerlos, procurando dividirlos, y atacando sucesivamente uno en pos de otro, comenzando por el más dominante. ¿Lo practicas de este modo? Pondera cómo, presentándose á Jesús la comisión de los fariseos y herodianos, comenzaron á formular su petición con encarecidas alabanzas, diciendo: «Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios con toda sinceridad sin hacer acepción de personas». ¡Oh malicia endemoniada de estos atrevidos aduladores! Vienen á tentar á Cristo, y comienzan por ensalzarle; llámanle veraz, y pretenden hacerle caer en contradicción; dicen que no tiene acepción de personas, y tratan de poderle acusar públicamente de este defecto. ¡Ojalá no fuese tan común este vicio de la adulación entre los cristianos! ¡Cuántos hay que aparentan gran modestia, devoción y celo del Señor, y sus corazones están llenos de malicia y corrupción, pareciéndose á los sepulcros que, siendo blancos en lo exterior, están interiormente llenos de inmundicia y podredumbre! ¡Oh Maestro soberano! Pues es cierto que sois veraz y con toda sinceridad enseñáis el camino de Dios, suplicoos me concedáis la gracia de que con docilidad oiga vuestras divinas enseñanzas, y no me aparte un punto del camino que me habéis trazado. ¿Huimos de las malas compañías? ¿Detestamos el vicio de la adulación?

Punto 2.º Considera aquí cómo, preguntando los fariseos y herodianos á Jesús si era lícito pagar el tributo al César, sin contestar al instante á esta pregunta, para enseñarnos el cuidado y sosiego con que hemos de hablar delante de nuestros enemigos, que desean que hablemos para hallar ocasión de acusarnos, les exigió que le presentasen la moneda con que se pagaba el tributo; y viendo en ella la imagen del César, dijo: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios». Pondera bien estas dos admirables sentencias del Salvador, las cuales resumen la doctrina verdadera acerca de la obediencia. Dad al César lo que es del César; esto es, obedeced á los soberanos temporales que pacíficamente os gobiernan. No importa que ellos personalmente sean malos, ambiciosos, manden por mal fin; mientras sean tus superiores, y sus mandatos no se opongan á la ley de Dios y de su Iglesia, debes obedecerles. Pensar ó decir lo contrario, es apartarse de la enseñanza de Cristo y de sus Apóstoles. Y, si se ha de obedecer al César, ¿con cuánta más razón se habrá de obedecer á Dios? Si hemos de estar sujetos á los superiores temporales, ¿cuánto más deberemos estarlo á los espirituales? El gobierno de aquéllos se ordena á la felicidad de este mundo; el de éstos, á la felicidad eterna. ¿Qué dices tú de esta doctrina? ¿No te remuerde la conciencia de haberte apartado alguna vez de la sumisión debida á tus superiores? ¡Oh buen Jesús! Bien